

Homenaje a Ramiro Guerra

Carlos Espinosa Domínguez

ES MUCHO LO QUE LA DANZA MODERNA DEBE A RAMIRO GUERRA (LA HABANA, 1929). Le corresponde, en primer lugar, el mérito de ser el principal iniciador y divulgador de esa manifestación en Cuba, así como también el de formador de muchos de los bailarines con quienes integró el Conjunto de Danza Moderna. Fue ese el colectivo con el cual Ramiro creó, a lo largo de la década de los 60, un repertorio en el que lo cubano iba más allá de lo pintoresco y lo externo, para penetrar en la riqueza de las fuentes primigenias de nuestros ritmos y bailes. Obras como *Suite yoruba*, *Orfeo antillano*, *Medea y los negreros*, *Impromptu galante*, *Chacona*, lograron sintetizar admirablemente lo nacional y lo universal. Para 1971, cuando la compañía estaba por estrenar el *Decálogo del Apocalipsis*, Ramiro había experimentado con propuestas como la danza-teatro, que a partir de los 70 empezaría a hacer su aparición en Europa y Estados Unidos.

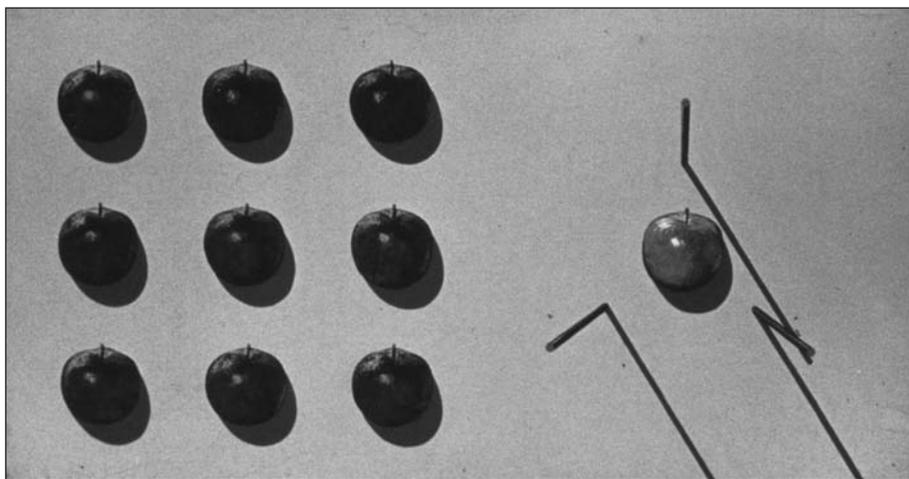
Pero aquel espectáculo, que adelantaba ya lo que sería la estética posmoderna y que estaba destinado a marcar un hito, no consiguió ir más allá de los ensayos. Su estreno fue prohibido, y el propio Ramiro no pudo trabajar más. Como tantos otros escritores y artistas, fue víctima de la política que se aplicó en la Isla, para llevar a vías de hecho las resoluciones aprobadas en el Congreso de Educación y Cultura. De acuerdo a una de ellas, quienes laboraran en instituciones literarias y artísticas debían ser seleccionados tomando en cuenta sus condiciones políticas e ideológicas, «ya que su labor influye directamente en la aplicación de la política cultural de la Revolución». La brillante trayectoria de Ramiro quedó así brutalmente interrumpida, cuando aún le quedaba mucho por realizar. Sus obras dejaron de representarse por un tiempo, y posteriormente fueron repuestas, aunque sin darle crédito, a causa de la indigencia creativa que dominó aquella oscura década que fueron los 70.

Desde que Ramiro Guerra estrenó su último trabajo con el Conjunto de Danza Moderna, tres generaciones han crecido sin haber podido conocer esa faceta de su trabajo artístico, y con la cual se ganó un sitio relevante en nuestro panorama cultural. Ese fue, por cierto, uno de los principales problemas que afrontamos al preparar este homenaje: son más bien pocos los especialistas que alcanzaron a ver aquellas obras y que hoy pueden, a partir del vago recuerdo que conservan, escribir sobre ellas. La ausencia de Ramiro de los

escenarios produjo un enorme vacío en la danza moderna cubana, que sólo empezó a superarse a partir de la década de los 80, a través de creadores jóvenes como Marianela Boán y Rosario Cárdenas.

Cuando le permitieron volver a crear y dirigir, ya no volvió al conjunto que él había creado, y al cual estuvo ligado durante doce años, los más importantes y definitivos de su vida, según comenta él mismo. Se trataba, ha expresado Ramiro, «de construir sobre las ruinas de Atenas, otra vez Atenas. Y yo no estaba para eso». Aceptó, en cambio, trabajar con el Conjunto Folklórico Nacional, cuyo repertorio enriqueció, entre otras coreografías, con obras de la calidad de *Tríptico oriental*, *Trinitarias* y *Refranes, dicharachos y trabalenguas*. Por otro lado, aprovechó inteligentemente ese período en que fue retirado de los escenarios; se dedicó a una labor «más intelectual y menos sensorial» y de forma callada emprendió un trabajo investigativo que se materializó con la publicación en 1989 de *Teatralización del folklore y otros ensayos*. A aquel libro Ramiro ha sumado, en años posteriores, *Coordenadas danzarias*, *Eros baila: Danza y sexualidad* y *De la narratividad al abstraccionismo en la danza*, que representan una importante contribución ensayística a la teoría danzaria.

La huella del talento y el magisterio de Ramiro Guerra están presentes, por otra parte, en varios de los artistas que hoy constituyen lo más valioso que se hace en la Isla en el terreno danzario. Muchos de ellos lo reconocen como una fuente de inspiración. La interrupción de su actividad creadora no consiguió impedir la continuidad de su legado, que sigue siendo una referencia ineludible en la historia de la danza moderna en Cuba.



Sin título.
Acrílico sobre lienzo, 36 x 72 pulg., 1984.